

ct

Libros cruzados

de
Antonio Tabares

(fragmento)

CAPÍTULO I

Gran sala en el Museo. Entra Mariana, bedel. Se acerca curiosa a un objeto abandonado en uno de los bancos. Tras ella entra Fernando, vigilante de seguridad.

FERNANDO

¡Quieta!

MARIANA

¡Ah!

FERNANDO

No lo toques.

MARIANA

¡Dios! Fer, qué susto me has dado. *(Ríe.)*

FERNANDO

Espera. Aléjate un poco.

MARIANA

Es un libro.

FERNANDO

Te digo que no lo toques.

MARIANA

Alguien lo ha dejado olvidado *(Ríe.)* Pero ¿qué haces? ¿No ves que es un libro?

FERNANDO

Ya. *(Lo estudia con detenimiento, sin atreverse a tocarlo.)*

MARIANA

Ha debido ser aquella pareja. La del chico en silla de ruedas. Me parece que ella le leía algo. Estuvieron aquí un buen rato contemplando ese cuadro. No sé qué le ven, la verdad. Tanta virgen y tanto angelito.

FERNANDO

Está bien. Ya puedes.

MARIANA

Si es que cuando te da por hacerte el interesante.

FERNANDO

Tú te lo tomas a guasa, pero hay que tomar precauciones. Nunca se sabe lo que te puedes encontrar.

MARIANA

Anda. Pues nadie se lo ha olvidado. Lo han dejado aquí a propósito.

FERNANDO

Claro. Cualquiera carga con ese tocho.

MARIANA

No. Mira esta etiqueta.

FERNANDO

(*Lee.*) “No me he perdido, soy parte de un club de libros global. Léeme y pásame.” ¿Qué es esto?

MARIANA

Te pide que visites una web y pongas el número del libro.

FERNANDO

Sí, ya. Y a continuación el número de cuenta. Mejor lo dejas en la oficina, por si viene alguien a reclamarlo.

MARIANA

Yo pensaba quedármelo.

FERNANDO

Pero si no es tuyo.

MARIANA

¿No entiendes? Lo han dejado aquí para que lo lea el primero que lo encuentre.

FERNANDO

Sí, ya.

MARIANA

Que sí.

FERNANDO

¿Y lo vas a leer tú?

MARIANA

Pues sí. Bueno, yo qué sé. Ya veré lo que hago con él.

FERNANDO

A ver. Mil... Mil cincuenta páginas. Y mira qué letra. Podrías usarlo para hacer pesas.

MARIANA
Muy gracioso.

FERNANDO
O para cascar nueces.

MARIANA
Déjame.

FERNANDO
Vale, vale. Estaba bromeando. Madre mía, mil páginas y con esa letra. Necesitarás una lupa de diez aumentos.

MARIANA
(*Abre el libro por la primera página y lee.*) “Todas las familias felices se parecen entre sí, pero las familias desgraciadas lo son cada una a su manera”. Esto tiene toda la pinta de ser la historia de mi vida.

FERNANDO
¿Por lo de feliz o por desgraciada?

MARIANA
Las dos cosas.

FERNANDO
Si me dejaras intentarlo, yo podría hacerte feliz.

MARIANA
(*Ríe.*) Oh, ¿cuándo vas a darte por vencido?

FERNANDO
¿Y tú cuándo vas a dejarte vencer? (*Mariana sigue riendo.*) Me vuelves loco con esa risa. Y con ese brillo en los ojos.

MARIANA
Me pregunto a cuántas mujeres les habrás soltado el mismo rollo.

FERNANDO
Te equivocas. He estado con otras mujeres, sí.

MARIANA
Con muchas.

FERNANDO
Muchas, de acuerdo. No lo niego. Pero con ninguna he sentido ni la mitad de lo que he sentido por ti.

MARIANA
Bla, bla, bla...

FERNANDO
¿No me crees, verdad?

MARIANA
(*Divertida.*) Ni una palabra.

FERNANDO
Sabes que todas las tardes te espero junto a la pérgola del parque. El día que aparezcas será el más feliz de mi vida.

MARIANA
Eres obstinado, ¿eh? Nunca te rindes.

FERNANDO
Si aceptaras quedar al menos una sola vez conmigo. Vernos fuera de este edificio. Ir al cine. Una cena romántica. Una copa. Acompañarte a casa.

MARIANA
Todo eso es muy halagador, pero sabes que no puede ser.

FERNANDO
Admite al menos que si no estuvieses casada me darías una oportunidad.

MARIANA
(*Ríe.*) ¿Qué dices?

FERNANDO
Admítelo.

MARIANA
Pero que no.

FERNANDO
¿Por qué no quieres reconocerlo?

MARIANA
Bueno, tal vez. No lo sé.

FERNANDO
Ah. Estaba seguro.

MARIANA
He dicho que no lo sé.

FERNANDO

Bien. Si el problema es tu marido, yo sé cómo resolverlo.

MARIANA

¿Ah sí?

FERNANDO

¿Me das permiso para que lo mate?

MARIANA

(Ríe.) ¡No! Pobrecillo.

FERNANDO

Te divierte la idea, ¿verdad?

MARIANA

Pero si tú no matarías ni a una triste hormiga.

FERNANDO

¿No me crees capaz?

MARIANA

No. Por mucho que lleves pistola.

FERNANDO

Tienes razón. Con la pistola no, pero puedo hacer que parezca un accidente. *(Mariana ríe.)* Te ríes. Se me ocurren cien maneras de acabar con él. Conozco un detergente incoloro que pasa desapercibido con la comida. Tres o cuatro gotas y en un par de semanas queda listo.

MARIANA

(Ríe.) Oh, calla.

FERNANDO

Ya lo tengo. Puedo darle un golpe con ese libro en la cabeza. Será una muerte ilustrada. *(Mariana, muy divertida.)* También puedes convencerlo para que se meta en la bañera con el agua hasta arriba. Luego basta con dejar caer dentro un flexo encendido.

MARIANA

Hala. Qué animal. Además nosotros no tenemos bañera. *(Ríe.)*

FERNANDO

En ese caso, puedo tirarlo a las vías del cercanías. Un pequeño empujón en plena hora punta y nadie se daría cuenta. Sé cómo hacerlo. Ni siquiera quedaría registrado en las cámaras de seguridad. Parecerá que le ha dado un mareo, o que se ha tirado. Luego hacemos las maletas y tú y yo nos vamos a Martinica.

MARIANA

Sabrás tú dónde está Martinica.

FERNANDO

No importa. Lo busco en Google Earth.

MARIANA

Pero qué cosas se te ocurren.

FERNANDO

Tú te lo tomas a risa porque te da miedo aceptar que soy capaz de hacer cualquier cosa por ti. Y cuando digo cualquier cosa me refiero a matar y a morir. Sí, no me mires como a un loco. Estoy loco, pero por ti. Sé que hay una fuerza que nos atrae el uno hacia el otro y a la que es inútil resistirse. Y tú también lo sabes.

(Silencio. Mariana se ha quedado mirándolo fijamente durante todo el parlamento. De pronto estalla en una carcajada nerviosa que no puede controlar. Fernando interpreta su risa como una ofensa y se marcha malhumorado.)

MARIANA

(Trata de dominar la risa a duras penas.) Ay. No. Espera. Fer. *(Fernando sale precipitadamente. Mariana, de pronto atormentada por su metedura de pata.)* Oh, mierda. *(Ríe de nuevo, nerviosa.)*

Toma el libro y sale. Inmediatamente, por la puerta opuesta varias personas entran en la sala, como figuras fantasmales que atraviesan la estancia en penumbra y salen detrás de Mariana.

Ruido de trenes, que enlaza con el capítulo siguiente.

CAPÍTULO II

En la estación de tren. Tránsito de gente. Ruido. Voces por megafonía. Patricia espera en el andén, con una maleta de viaje. Pasea inquieta. Consulta el móvil. Llama por teléfono pero no tiene respuesta. Se sienta en un banco. Descubre un libro abandonado. Lo hojea con curiosidad. Suena el teléfono.

PATRICIA

Hola. (...) Sí, ya estoy aquí. He llegado hace dos minutos. (...) ¿Tú dónde estás? (...) En el andén estoy yo. (...) ¿Pero qué dices? Si en esa estación no es. (...) Claro. Menudo despiste que llevas. Te lo puse en el mail. (...) Sí, hombre, ¿con la tormenta que está cayendo? (...) No, anda, vente, que te espero en la cafetería. (...) Sí, en la cafetería de la estación. (...) De esta estación. Sí. (...) Hasta ahora. Sí. Yo... Yo también te... quiero.

Cuelga. Mira el libro que lleva en las manos. Lo abre y continúa leyendo.

Se escucha un trueno que retumba en el cielo. Lluve.

CAPÍTULO III

En el parque. Cris se refugia de la tormenta bajo la pérgola, con un pequeño paraguas. Hace señas hacia fuera.

CRIS

¡Leo! ¡Aquí! ¡Estoy aquí! ¡Corre!

(Entra Leo, corriendo, protegiéndose de la lluvia con su propia camiseta.)

CRIS

Dios, estás empapado. ¡Cómo te has puesto!

(Leo la besa con pasión.)

CRIS

Espera. Que me mojas. Tendrías que ir a cambiarte de ropa.

LEO

No. Con este calor se secará en seguida.

(La besa.)

CRIS

Quieto. Espera. ¿Dime qué te han dicho?

LEO

¿Qué me ha dicho quién?

CRIS

Leo.

LEO

Nada. Todo perfecto.

(La besa de nuevo.)

CRIS

¿Qué?

LEO

Que me han admitido.

CRIS

¡¡Aaaah!!! *(Cris se abraza a él.)* ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! Cuéntame. ¿Cómo ha sido?

LEO

Todavía no me lo creo. Iba hecho un manojo de nervios. Me equivoqué de edificio y tuve que correr. Por poco no llegué tarde. Pero luego, durante la entrevista, estuve súper tranquilo. El lunes empiezo.

CRIS

En la ópera, Leo. Qué fuerte.

LEO

Oye, que solo es de acomodador.

CRIS

¿Y qué? ¡En la ópera!

LEO

(Canturrea a voz en grito un fragmento de 'La Traviata'.) ¡Aaamami Alfreeeedo! ¡Lalalalaaa laaaa laa!

CRIS

(Se tapa los oídos riendo.) ¡Ah!. ¡Socorro! Con razón está diluviando.

LEO

Tengo un hambre que me muero. ¿Comemos algo? *(Cris llora.)* Ey, Cris, eh, que sí que me han dado el trabajo.

CRIS

Ya lo sé. Ya lo sé. Si es solo que... Soy una idiota. Creo que soy la chica más feliz de la Tierra. Estaba convencida de que todo iba a/ *(Se escucha el sonido de un tren. Leo queda paralizado al oírlo, pero Cris no parece percibirlo y continúa hablando como si nada. El ruido del tren nos impide escuchar sus palabras. De pronto ella repara en el estado de ensimismamiento de Leo. El tren deja de oírse.)* ¿Qué pasa? ¿Leo?

(Leo reacciona y la besa repentinamente en los ojos.)

LEO

(Como si nada.) Venga, vamos a comer algo y a emborracharnos.

CRIS

(Ríe.) ¿Tú vas a emborracharte, si solo bebes coca-cola?

LEO

(Ríe.) No importa. Yo como y tú bebes.

(Se abrazan.)

CRIS

Oh, mira eso.

LEO

¿Qué?

CRIS

Allí, en ese árbol. ¿Lo ves?

LEO

¿Qué? Espera, te vas a mojar.

CRIS

Ya casi no llueve. ¿No ves que has dejado de cantar? *(Cris corre hasta un árbol cercano, coge un libro de un hueco en el tronco y corre de nuevo hasta Leo.)* Mira.

LEO

¿Qué es?

CRIS

Mira. Alguien ha dejado este libro en el hueco del árbol. Qué guay.

LEO

¿Para qué?

CRIS

Para que lo encontremos nosotros. Esto tiene que ser una señal. *(Lo besa.)* Te quiero.

LEO

Te quiero.

CRIS

Te quiero.

LEO

Vamos. Ya ha escampado. Y me muero de hambre.

(Salen. Leo canta “La Traviata”. Cris se parte de risa.)

La tormenta se aleja.

CAPÍTULO IV

Habitación en el Museo con taquillas del personal. Lola y Mariana han terminado la jornada y recogen sus cosas.

MARIANA

Parece que tu marido y el mío se han puesto de acuerdo para ver los partidos en casa.

LOLA

¿Ah sí?

MARIANA

¿No te lo ha dicho?

LOLA

¿Pablo? Él considera que mi coeficiente intelectual no está capacitado para entender cómo se introduce una pelota en una portería. Y, por supuesto, ni se le ocurriría tener la delicadeza de preguntarme si me apetece o no ir a vuestra casa a tragarme los dichos partidos del mundial.

MARIANA

Oye, que si no te apetece venir, no te

LOLA

No, no es eso.

MARIANA

sientas obligada. A mí tampoco me gusta el fútbol.

LOLA

¿Quién te ha dicho que no me gusta el fútbol?

MARIANA

Ah, pensé que/

LOLA

Te digo que no es eso.

MARIANA

¿Qué te pasa?

LOLA

Déjame. Estoy cansada. Muy cansada.

MARIANA

Te vendrán bien estos días de vacaciones.

LOLA

No, no es ese tipo de cansancio. Es... De pronto todo se me viene encima. Estoy harta de la ciudad. Este trabajo se ha vuelto una tortura. Ir y venir en metro se me hace insufrible. Hasta mi casa es como una cárcel. Hay días en que no soporto a mis propios hijos. Siento que malgasto mi vida en ellos, que me han robado mis mejores años. Y al mismo tiempo pensar eso me hace sentir una mala madre.

MARIANA

No hables así.

LOLA

Ya. Para ti es fácil porque tienes la vida perfecta. Siempre tan equilibrada, tan segura de ti misma.

MARIANA

Bueno. Todas tenemos nuestras contradicciones, aunque a veces no lo parezca.

LOLA

¿Tú? ¿Qué contradicciones puedes tener tú? (*Mariana calla.*) Oh, perdóname. Soy una bocazas. ¿Qué sé yo de tu vida? Estoy de mal humor y lo pago contigo. No te enfades demasiado.

MARIANA

No estoy enfadada.

LOLA

Ya ves. Ha sido nombrar a Pablo y me he puesto de uñas.

MARIANA

¿Pero por qué?

LOLA

Se está viendo con otra.

MARIANA

¿Qué?

LOLA

No lo sé. O sí. Ha cambiado. Ya apenas hablamos. Casi ni nos vemos. Y de acostarnos mejor ni te cuento. La mayoría de los días llega tarde, con cualquier excusa. Alguna vez lo he sorprendido hablando por teléfono en voz baja, a escondidas, y cuelga en cuanto me ve. Aún no he podido pillarle. Pero sé que un día de estos me vendrá con que ha conocido a alguien y que me quiere pero lo nuestro ya no funciona. Y lo peor de todo es que tendrá razón.

MARIANA

No, Lola.

LOLA

Esa sensación de sentirte traicionada. A veces pienso que quisiera estar muerta.

MARIANA

No digas eso.

LOLA

¿Por qué no? Sería lo mejor.

MARIANA
¿Y tus hijos?

LOLA
Ya lo sé.

MARIANA
No te imaginas lo que es para unos niños tan pequeños perder a su madre.

LOLA
Tienes razón.

MARIANA
A esa edad debería estar prohibido que murieran los padres.

LOLA
Si pudiera morirme sin causar dolor. Sin que nadie sufriera por mí, ni me echara de menos. Simplemente desaparecer, como un azucarillo que se disuelve en el café.

MARIANA
Si fuera así, que fácil resultaría todo, ¿verdad?

LOLA
Así es como debería ser.

MARIANA
No.

LOLA
Sí. ¿Para qué sufrir y hacer sufrir a los demás? Desaparecer sin más. Lo mismo que cerrar un libro de golpe, sin que importe qué página estás leyendo.

MARIANA
¿Y por qué no leer hasta el final? A lo mejor la historia tiene un final feliz.

LOLA
No. Si la novela es mala, no hay finales felices que valgan. De todas formas leer demasiado es peligroso. Así que ten cuidado. Te espero arriba.

Lola sale. Mariana se sienta pensativa. Contempla el libro que lleva entre las manos. Lo abre. Entra Oblonski, con aire jovial y desenfadado. Viste de forma elegante. Mariana no lo ve, aunque tal vez percibe una presencia extraña. Oblonski hace ademán de sentarse junto a ella, que, sin levantar la mirada del libro, recoge su bolso para dejar el asiento libre. Él se sienta y mira con curiosidad el libro por encima del hombro de ella. Al poco Mariana deja de leer, fatigada. Cierra los ojos. Luego se levanta con el libro entre las manos. Lo mira. Puede que Fernando tal vez tenga razón: no será capaz de leerlo. Finalmente lo abandona en el asiento y se

dispone a salir. Oblonski mira el libro y a Mariana alternativamente. Mariana abre la puerta para marcharse. Cambia de opinión. Regresa, coge el libro y se lo lleva consigo. Oblonski se levanta y sale tras ella.